

Papá Noel y la deuda externa

Por Luis Moreno*

(Escrito en Montreal, Canadá, en Diciembre de 1986, en época del gobierno del ingeniero mecánico de apellido Febres, cuando fungía de Canciller el mejor conocido como “niño edguitar”)

Antes de salir para el Consulado General, reviso el periódico que me ha traído una compatriota y me quedo embelesado leyendo la noticia de que nuestro gobierno ha resuelto destinar, al pago de la deuda externa, la mitad del presupuesto del país. El dato tiene la virtualidad de ir descorriendo velos a mi lerdó entendimiento; ahora comprendo, en toda su diafanidad, la trascendental medida y me explico el por que no hay dinero para pagar sueldos de profesores, de empleados públicos, de policías y de diplomáticos en el extranjero.

Alborozado por mi propio hallazgo, me precipito donde se encuentra mi mujer y le digo: Vieja, estamos pagando la deuda externa, estamos

honrando nuestros compromisos internacionales y, lo maravilloso es que nuestra familia está contribuyendo con mi sueldo; ¿Te das cuenta de lo importantes que somos?

Con cara de quien se dirige al Yerno, mi mujer lanza su frío comentario: ¿Crees que repitiendo ese peregrino discurso cubriremos las deudas acumuladas, por no recibir sueldos en tanto tiempo, sin que se dignen informar siquiera hasta cuándo será el maltrato?

Decepcionado del pragmatismo de mi cónyuge, busco refugio en mi leal chofer, para explicarle la vinculación del pago de la deuda externa con el Honor Nacional; pero, horror, esta es la respuesta destemplada, que me cae cual adobe en dedo gordo: “Señor Cónsul, yo no puedo trabajar gratis, este es el último día”.

Mente ratonil, susurro, en auto aliento y me encamino al colegio de mis hijos, por llamado del Rector;

* Embajador de carrera del Servicio Exterior (SP).

me lo temía, dice que debo cancelar de inmediato las pensiones atrasadas. Con parsimonia le explico que su país está en la lista de acreedores y que mi gobierno, con ejemplar sabiduría, está enviando como pago todos los recursos disponibles, incluidos mis sueldos. Por la boca abierta del Rector, pienso que no me ha comprendido, ¿o será mi acento de Oxford? Tampoco yo entendí bien su respuesta, pero creo adivinar al final, algo así como un ultimátum.

Llego a la oficina con bríos indomables; no obstante, el saludo de los colaboradores tiene el rictus de la interrogación, como si les debiera alguna explicación. El momento es propicio, me digo y les peroro de que nuestro gobierno se ha convertido en modelo mundial de pagador serio, puntual y disciplinado; que nunca antes, desde el inicio de la era republicana, que ya se aproxima a los doscientos años, habíamos alcanzado tanta respetabilidad y prestigio; que somos los niños mimados del Fondo Monetario Internacional; que el pago de la deuda externa debe ser tomado como “Objetivo Nacional Permanente”; frente a todo lo cual, las privaciones particulares no pasan de ser ridículas mezquindades. El Cónsul Adscrito se envalentona y descarga la tensión acumulada: “Ya son 5 meses sin sueldo y no han tenido el comedimiento de avisarnos cuando terminará esta vejación; hasta para poner cara a la vergüenza,

fiar a plazo determinado y no seguir con las mentiras cerdosas de cada semana: ya vamos a recibir los pagos”.

Detesto el egoísmo colectivo y doy por concluido el disonante diálogo, decepcionado de la falta de patriotismo de las nuevas generaciones.

La secretaria del Consulado General, que no es con nacional y, por lo tanto, no se siente obligada a demostrar solidaridad, comenta en un aparte “No creo que no tengan dinero para pagar sueldos, si el Ministro y su corte viajan todos los meses, a los países más insólitos y distantes”. Corto en sano tan altanera observación; pienso para mis adentros: pobre bermeja, qué lejos está de aquilatar los afanes del gobierno por mantener el decoro ante banqueros internacionales tan prestigiosos, que nos han prestado tanto dinero, con tanta voluntad y muchas veces sin pedírselos.

En el escritorio encuentro una boleta de citación al Juzgado de Inquilinato, por falta de pago de arriendos; por cuanto el teléfono está ya cortado, enderezo los pasos al despacho del dueño del edificio, que es un judío muy acaudalado y comprensivo, por supuesto. Le informo al arrendador que no puede demandarnos por que gozamos de inmunidad diplomática y le explico,

además, que en cuanto mi gobierno termine de pagar la deuda externa empezará a cumplir con los pagos menores, entre ellos el suyo. No se como se dice “a la mierda”, en hebreo; pero, estoy seguro que fue eso lo que me respondió.

Veo tan clara y lógica la política de ser pagadores tercermundistas modelo, que el desaire recibido no me amilana.

Hace 20 días que despedí a la mujer de la limpieza de oficinas, por atreverse a dejar oír su comentario resentido, por recibir, según ella, “el mínimo pago, con el máximo atraso, en mis largos años de duro oficio”; desde entonces, por turnos barremos, limpiamos los polvos, recogemos la basura, lavamos vasos

y tasas; el único que se ha negado a colaborar ha sido el Vice Cónsul, ya informaré de ello a Cancillería, en cuanto me reinstalen el fax.

El oleaje de incompreensión, que me golpea por todos los costados, tan solo consigue darme la sensación de roca. Estoy más orgulloso que nunca por sentirme partícipe directo y personal en el cumplimiento de sagrados compromisos financieros internacionales.

Mi ancho cielo de optimismo a rajatabla tan solo se empaña por una nube; no estoy seguro de poder explicar a mi pequeña hija que, en estas Navidades, no bajará Papá Noel a entregarle sus juguetes, por cuanto se halla ocupadísimo pagando la Deuda Externa.